VALIJA *indiscreta*

DICTADURAS Y DEMOCRACIAS

Parece ser que a las grandes democracias no les gustan las pequeñas dictaduras que están al servicio de las grandes dictaduras, pero en cambio sí que les gustan las pequeñas dictaduras que están al servicio de las grandes democracias. O dicho en otros términos: las grandes democracias se ponen al servicio de las pequeñas dictaduras cuando éstas empiezan a darse cuenta de que no es buen negocio estar al servicio de las grandes dictaduras. El procedimiento para convertirse de enemigo en aliado de las democracias consiste, simplemente, en declararle la guerra al Japón. El Imperio del Sol Naciente ha sido el recurso providencial para las pequeñas dictaduras. Declararle la guerra parece, desde luego, sumamente fácil y confortable. Recuerdo por su sencillez la forma de matar al mandarín chino del cuento de Eça de Queiroz, apretando un botón a distancia. Las pequeñas dictaduras han descubierto su mandarín chino, que es, en este caso un samurai japonés. La declaración de guerra al Japón resulta verdaderamente tentadora para las pequeñas dictaduras. En primer lugar, el Japón es un país lejano, y la distancia garantiza una absoluta impunidad a los que le declaren la guerra. El riesgo que corren las pequeñas dictaduras retando al Japón a singular combate es tan insignificante y minúsculo, que ese reto, ahora, parece muy a propósito como hecho a medida, para gente de paz y de orden, para padres de familia, para personas prudentes y sensatas. Tú, paciente lector, y yo mismo podemos declarar uno de estos días la guerra al Japón desde nuestra casa, calzando zapatillas, oyendo la radio y fumando cigarritos. La cosa no tiene de momento más peligros. En segundo lugar, los japoneses son idólatras y paganos, y algo han de hacer los pequeños dictadores para defender la civilización cristiana. Franco pretendió defenderla primero luchando contra la "barbarie moscovita". Envió para ello su División Azul a combatir en el frente ruso. Si no bastaba la División Azul para acabar con el comunismo soviético, Franco estaba dispuesto a enviar al frente a un millón de hombres. Así se lo ofreció solemnemente a Hitler. Pero ocurrió que en vez de acabar la División Azul con el Ejército Rojo, fué el Ejército Rojo el que acabó con la División Azul. Ello obedeció, sin duda, a que el "generalísimo" no había puesto entre la División Azul y el Ejército Rojo la misma distancia que hay, por ejemplo, entre Madrid y Tokio. Rusia quedaba, en efecto, demasiado cerca, y en esas condiciones no era posible salvar completamente a la "civilización occidental". Con el Japón la cosa resultará más fácil, porque se le ha de hacer la guerra desde lejos, y las pequeñas dictaduras podrán hacérsela por correspondencia.

Si las pequeñas dictaduras se deciden a declarar la guerra al Japón es precisamente porque el archipiélago nipón está muy distante. Puestas a declarársela a alguien para conquistar la simpatía de las grandes democracias, a las pequeñas dictaduras les hubiera parecido mejor declarársela a Siria o a Uruguay, a esto hubiera podido complacer a las grandes democracias. Pero limitadas las posibilidades bélicas a nuestro planeta, la mejor solución es declararle la guerra al Japón. Siempre puede haber motivos para declarársela: Franco los tiene sobrados porque los nipones han asesinado a frailes españoles; Farrel también los tiene porque no han asesinado a frailes argentinos. En último caso, lo que importe es que las pequeñas dictaduras procedan con dignidad y salven el decoro de la patria. En el origen de todas las dictaduras hay, en efecto, un movimiento de soberbia y altivez nacional, de nacionalismo exasperado. Franco, por ejemplo, se dedicó a asesinar españoles porque la República no realizaba los sueños imperiales de Onésimo Redondo y del poeta Ridruejo, y veía que el pueblo español no asustaba a nadie en el mundo. Farrell se sublevó contra el gobierno argentino porque le abochornaba ver a su patria a remolque de Inglaterra y de los Estados Unidos. Todos los dictadores parecen, pues, impulsados por un quisquilloso sentimiento de dignidad nacional. Y así muchos hoy a Franco dispuesto a declarar la guerra al Japón si, a cambio, le dejan ir a la Conferencia de San Francisco, y a Farrel demostrando su soberbia y altivez con respecto a Inglaterra y los Estados Unidos y declarando con toda independencia la guerra al Eje. Se empieza echando pestes de las "plutodemocracias corrompidas" y se acaba limpiándole las botas a lengüetazos al primer caballero que enseñe un dólar. Es el proceso natural de la xenofobia intransigente, de la dignidad nacional ofendida, del más puro y avendrado sentimiento patriótico.

Las grandes democracias asisten complacidas a ese espectáculo porque ello demuestra que la causa democrática tiene tal fuerza y es tan maravillosa que atrae incluso a las dictaduras. Si se trata de luchar contra la tiranía en el mundo ¿qué mejor aliado pueden tener las democracias que Franco? Franco sabe lo que es tiranía y está, por lo tanto, en excelentes condiciones para luchar contra ella. Y el día que todas las dictaduras se pasen y las filas de las democracias se habrá salvado la democracia mundial, sin que por ello pierdan nada las dictaduras en sus respectivos países.

Franco será un gobierno pelele de Hitler, un Quisling cualquiera, mientras esté al servicio del Eje. Pero si un día de estos se pone al servicio de las democracias, entonces no se permitirá que se diga que es un gobierno pelele, ni un Quisling de las democracias. El quislingismo es simplemente un punto de vista. Se es Quisling, no por la función, sino por el empresario. ¿Qué es lo que tienen de malo los Quislings? ¿Qué sirven al Eje? Pues a les hace que sirvan a los adversarios del Eje, y los Quislings quedan purificados en el acto. No se lucha, pues, por la desaparición de los Quislings, sino por su utilización y traspaso. Franco se dispone a ser un Quisling traspasado, como lo fué Darlan, como lo fué Bodoglio, como puede serlo cualquier día el propio Mussolini, si se decidiera a declararle la guerra al Japón. Y el mismo Hitler ¿por qué no ha de declarársela? ¿Qué inconveniente habría en ese caso para que asistiera también a la Conferencia de San Francisco?

Hitler tiene el mismo derecho que Franco a declararse demócrata y a mandar un ultimátum al mikado. Si el Fuehrer se decidiera a dar ese paso, la situación del mundo se aclararía extraordinariamente. Entonces no quedaría en toda la tierra otro enemigo de las democracias que el Japón, porque resultaría imposible que también el Japón de declarase la guerra al Japón. Pero en ese caso, se podría encargar a Lequerica que organizase un Comité de Japoneses Libres con Hirohito y los generales nipones, dispuestos a declararle la guerra, por ejemplo, al gobierno polaco de Londres, que es el único que quedaría excluido de la conferencia de San Francisco.

La causa mundial de las democracias ganará definitivamente la partida a las dictaduras cuando consiga poner a todas las dictaduras al servicio de las democracias, mediante el sencillo procedimiento de poner a las democracias al servicio total de las dictaduras.

EL VALIJERO.

60
7 abril 45
A.P.C.E
SIG.:
1.2e/1099